

# NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

TOMO XVII

NÚMS. 1-2

## EN TORNO A LAS VOCALES CAEDIZAS DEL ESPAÑOL MEXICANO

Desde que en 1921 consignó Henríquez Ureña la particular brevedad de las vocales átonas mexicanas —condición que, en algunos casos, originaba su pérdida— han aparecido varios trabajos en los que se estudia, de manera más o menos sistemática, este fenómeno<sup>1</sup>. Sin embargo, sólo dos de ellos están dedicados exclusivamente a su análisis: el de P. Boyd-Bowman y el de M. J. Canellada y A. Zamora Vicente<sup>2</sup>. Ambos son estudios muy importantes y meritorios, aunque, en mi opinión, no reflejan con absoluta exactitud la situación real del habla mexicana. El estudio de Boyd-Bowman, aunque muy breve, está lleno —como tendremos ocasión de comprobar— de valiosos aciertos y de felices intuiciones; pero lo reducido de su extensión, frente a la magnitud del problema, determina que sus conclusiones sean, aunque acertadas en su mayoría, meramente provisionales e impresionistas. El trabajo de los Zamora Vicente es, en cambio, mucho más extenso y sistemático; abundan también en él los hallazgos felices y los descubrimientos personales. No obstante, la acumulación de casos extremos —realmente esporádicos— como si se tratara de hechos normales del habla mexicana, puede producir en el lector una impresión que no creo que corresponda a la realidad lingüística de México.

Dada la relativa insuficiencia del primero de estos trabajos y la deformación apreciable en el segundo, me decido a volver sobre el tema, con la esperanza de aportar datos suficientemente amplios y, a la vez, reveladores del verdadero alcance del fenómeno. Para ello,

<sup>1</sup> La relación de dichos trabajos, a partir del de Aurelio M. Espinosa sobre el español de Nuevo Méjico, puede verse en las primeras páginas del artículo de MA. J. CANELLADA y A. ZAMORA VICENTE sobre "Vocales caducas en el español mexicano", *NRFH*, 14 (1960), 222-241. Con posterioridad a este artículo se han vuelto a ocupar del problema MA. DE LOURDES ACOSTA LOZANO (en su tesis presentada ante la Universidad de México en 1963 sobre *Algunos aspectos del habla de Zacapoaxtla, Puebla*) y RAÚL ÁVILA (también en una tesis —aún en preparación— sobre *El habla de Tamazunchale*).

<sup>2</sup> El estudio de P. BOYD-BOWMAN, sobre "La pérdida de vocales átonas en la altiplanicie mexicana", también se publicó en *NRFH*, 6 (1952), pp. 138-140. El de los Zamora Vicente es el descrito en la nota anterior.

he procurado que mi investigación, mis encuestas, tuviesen una amplitud superior a la de los trabajos precedentes, y, en segundo lugar, he recurrido al fatigoso método estadístico que —no obstante sus limitaciones— permite encuadrar todos los datos dentro de un sistema conjunto, revelando así más objetivamente la proporcional importancia y extensión de cada hecho particular.

Ha sido objeto de mi análisis el habla espontánea de un total de cien informantes pertenecientes a las más diversas clases sociales y culturales: personas de ambos sexos y de muy diferentes edades (entre los 15 y los 60 años), cuya habla representa la casi totalidad de las distintas modalidades lingüísticas que pueden escucharse en la ciudad de México: profesores universitarios, amas de casa, obreros, estudiantes de diversos niveles, oficinistas, sirvientes domésticos, artistas (músicos, actores, escritores), vendedores ambulantes, burócratas, hombres de negocios, periodistas, agricultores, etc.<sup>3</sup>

La gran mayoría de los informantes ha nacido en la ciudad de México, pero también hay entre ellos algunos procedentes de otras zonas del país; sin embargo, he procurado que estos últimos fuesen personas que hubieran residido al menos durante los últimos ocho años en el Distrito Federal<sup>4</sup>. También he tomado en cuenta el habla de algunos mexicanos hijos de extranjeros (hijos de españoles, norteamericanos, árabes, judíos centroeuropeos, alemanes, etc.), siempre y cuando tales personas tuvieran el español como primera lengua. Tres de los informantes son españoles nacidos en la Península, pero cuya residencia en México rebasa ya los 20 años<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> En síntesis, las características de mis informantes son las siguientes: personas de cultura superior: 16%; de cultura media: 40%; de cultura primaria: 25%; analfabetos (o semianalfabetos): 19%. Hombres: 43; mujeres: 57. Menores de edad: 23; entre los 21 y los 50 años: 62; mayores de 50 años: 15. En algún caso, aludo a determinados informantes por medio de un número (del 1 al 52). Su ordenación no es caprichosa: parte del informante en quien con mayor frecuencia e intensidad se produce el fenómeno de debilitación y pérdida de vocales y llega al núm. 49, informante en quien nunca se produce el fenómeno. Los núms. 50, 51 y 52 corresponden a tres informantes especiales, de origen español (cf. *infra*).

<sup>4</sup> Esto con el fin de reducir los límites de mi estudio y ganar en sistematización cuanto perdiera en extensión geográfica. De este modo, mi investigación se reduce a los fenómenos de debilitación vocálica apreciables exclusivamente en el Distrito Federal. Claro que el habla de la ciudad de México representa —con sus cinco millones de habitantes— la modalidad lingüística más importante, no sólo de la altiplanicie mexicana, sino de toda la República, ya que es el habla propia de la séptima parte de la población total del país.

<sup>5</sup> La elección de estos tres informantes de habla castellana peninsular —llegados a México cuando tenían algo más de 20 años— creo que se justifica por el hecho de que podrían servir para atestiguar la fuerza expansiva de la particular articulación mexicana de las vocales. A juzgar por ellos, no parece ser excesiva. El núm. 50 —mujer semiculta, ama de casa, originaria de Segovia— no revela contagio alguno digno de tomarse en consideración. En el habla del

La voz de 52 de estos informantes fue grabada en cintas magnéticas, lo cual me permitía —en caso de vacilación— escuchar la articulación dudosa cuantas veces fuera necesario<sup>6</sup>. El recuento estadístico, los porcentajes, etc., están hechos con base en estas grabaciones. La voz de los 48 informantes restantes no fue grabada, sino sólo escuchada y anotada a lo largo de conversaciones muy diversas. Los datos por ellos proporcionados me sirvieron únicamente para comprobar los resultados obtenidos con las grabaciones<sup>7</sup> y para determinar con mayor exactitud la proporción de reducción vocálica por individuo dentro de la colectividad (cf. *infra*, p. 6). Los tipos de encuesta realizados son también de lo más diverso, y en todos ellos he procurado, naturalmente, que los informantes hablasen con la mayor espontaneidad posible. Se han registrado conversaciones sobre temas libres entre dos informantes, diálogos entre el informante y un investigador (generalmente, un estudiante del Colegio de México), monólogos, grabaciones de programas de radio<sup>8</sup>, discusiones espontáneas, etc. De cada una de esas grabaciones he escuchado detenidamente —para hacer el acopio de material y el estudio estadístico— lo registrado durante un intervalo que oscilaba entre los 20 y los 30 minutos como mínimo, lo cual supone unas 20 horas de audición y muchos miles de palabras. Creo que, con ello, los resultados que proporciona este estudio serán muy próximos a la situación real, ya que no necesariamente idénticos a ella.

núm. 51 —hombre de negocios, relativamente culto, nacido en Navarra y educado en Madrid— y en la del núm. 52 —hombre de cultura superior, universitario, de Castilla la Nueva— se aprecia cierta propagación del fenómeno de reducción vocálica, que los sitúa dentro del grupo de personas en cuya habla se produce pérdida *ocasional* de vocales. En hijos de españoles, en cambio; nacidos ya en México, el fenómeno puede presentar la misma intensidad y frecuencia que en personas enteramente mexicanas.

<sup>6</sup> Advierto que, en no pocas ocasiones, me vi precisado a escuchar 15 o 20 veces la misma palabra para tratar de determinar el grado de debilitación o de ensordecimiento de una sola vocal. Y que, en algún caso, mi interpretación no era absolutamente segura. Espero poder contar en breve con el auxilio de un espectrógrafo, lo cual me permitirá resolver con absoluta certeza esos casos dudosos. La mayoría de las grabaciones se conserva en el Colegio de México, donde se está formando un archivo magnetofónico del habla mexicana; otras fueron hechas por mí directamente.

<sup>7</sup> Quise saber si —además de las posiciones consonánticas determinantes de reducción vocálica atestiguadas por las grabaciones— aparecía en el habla de otros informantes alguna situación consonántica distinta, no registrada. No sucedió así: todos los casos de debilitación o pérdida de vocal evidenciados por el habla de esos 48 informantes estaban ya ampliamente documentados en las grabaciones. Los resultados finales de esta serie de análisis hechos directamente coincidían con los resultados obtenidos mediante las grabaciones; por ello consideré innecesario seguir aumentando el número de informantes.

<sup>8</sup> Muy pocas, ya que los locutores —aun en los momentos de mayor espontaneidad— suelen velar por la propiedad de su habla.

Como resumen, puedo anticipar que en la debilitación y pérdida de las vocales no se aprecia disposición sistemática alguna por lo que al nivel sociocultural de los hablantes se refiere. Como bien observaron ya Ma. J. Canellada y A. Zamora, el fenómeno *puede* aparecer “en todas las clases sociales, desde personas de cultura superior hasta los últimos estratos” (p. 225); y lo mismo en adolescentes y jóvenes que en personas maduras o ancianas. Junto a un estudiante que debilite las vocales hasta el máximo y a cada momento, otro de su misma edad y condición social las mantendrá todas con igual firmeza que un castellano. No hay, pues, sistematización social ni cultural de ninguna clase<sup>9</sup>. Si me viera obligado a declarar en qué ámbito *parece* producirse el fenómeno con alguna mayor regularidad o intensidad, tal vez pudiera decir que los materiales por mí reunidos apuntan vagamente hacia personas jóvenes de cultura media o superior<sup>10</sup>.

También debo advertir que no he tomado en cuenta algunos casos de extrema debilitación vocálica enteramente normales en el español general<sup>11</sup>, sino sólo los que parecen ser más característicos de México y de la situación consonántica particular en que se producen.

Punto capital me parece el que se refiere al grado de debilitación —o pérdida— de la vocal. Creo que el oído me ha permitido distinguir cuatro grados diferentes, que van desde la pérdida aparentemente completa<sup>12</sup> hasta una simple relajación intensiva de las voca-

<sup>9</sup> Ni la hay tampoco en el habla individual: cualquier hablante en el que se produzca reducción vocálica podrá articular una misma palabra de distinta manera cada vez; cf. el ejemplo que transcribo en la p. 8: [comimòs], junto a [comimòs], [comimòs] y [comimos] sucesivamente.

<sup>10</sup> Lo que sí puedo afirmar rotundamente —como ya han hecho con todo acierto Ma. Josefa Canellada y Alonso Zamora— es que no se trata de un fenómeno propio del habla rústica o característico de personas de escasa cultura. También en esto el español de México difiere completamente del habla de Nuevo México, y no responde a las mismas causas mediante las cuales AMADO ALONSO procuraba explicar la pérdida de vocales en el nuevo mexicano (cf. “Consonantes silábicas”, *BDH*, I, 431-439).

<sup>11</sup> Así, no entran en mi estudio, ni por ende en el recuento estadístico, casos como *l'agua*, *l'orquesta*, *noramala* y *norabuena*, *ñor*, *Ufemia* (Eufemia), *lacena* (alacena), *chacha*, *bujero* (agujero), etc., que obedecen a otras causas y que pueden documentarse en cualquier región donde se hable español. Esta distinción no parece haberse observado en el trabajo de Zamora Vicente, donde —junto a casos de pérdida condicionada por las consonantes próximas, como *cafesito*, *p-storsitos*, etc. se incluyen ejemplos como [orcar] (por ‘ahorcar’; sin duda derivado directo de *horca*), [ñor] (común a gran parte del dominio lingüístico del español: cf. A. ALONSO, *BDH*, I, 417-430), [cadabres] (que podría ser plural de un *cadabre* ‘cadáver’ ampliamente atestiguado) y [ventisimco] (como ejemplo de pérdida de la semivocal, cuando la forma *venti-* es normal —alternando con *veinti-*— en gran parte del territorio de habla española).

<sup>12</sup> Al menos hasta donde alcanza mi oído. No rechazo la posibilidad de

les<sup>13</sup>, pasando por dos grados intermedios: uno en que puede percibirse todavía un leve elemento vocálico, una vocal mínima o reducida —como la llamó Amado Alonso—<sup>14</sup>, y otro en que la vocal debilitada es ya fácilmente perceptible. En estos tres últimos casos, la vocal puede estar ensordecida por las consonantes sordas próximas, circunstancia que —como veremos— es muy frecuente. Limitaciones de imprenta me obligan a transcribir esos cuatro grados de la siguiente manera: 1) *estes*, *antəs*. . . ; 2) *est<sup>as</sup>s*, *ant<sup>es</sup>s*. . . ; 3) *est<sup>as</sup>s*, *ant<sup>es</sup>s*. . . ; 4) *ant-s* (pérdida total). Cuando las vocales se ensordecen, las pongo entre paréntesis: *ant(ə)s*, *ant(e)s*, *ant(ɛ)s*, etc. También pongo entre paréntesis las consonantes ensordecidas: *bai<sup>(l)</sup>s*, *ot<sup>(rə)</sup>s*, etc.

Si bien este afán de distinción gradual exige un mayor esfuerzo y plantea, muchas veces, serias dificultades<sup>15</sup>, he puesto de mi parte todo lo posible por mantenerlo, pues no me parecía justo simplificar la realidad reduciéndola a dos únicos casos: pérdida y debilitación intensa. Supongo que esa simplificación es la que torna discutibles muchos de los ejemplos ofrecidos por Zamora Vicente en su trabajo, donde presenta casos de *pérdida* total en situaciones en que, sin duda, debía de haber —de acuerdo con los materiales por mí reunidos— algún elemento vocálico. De la deformidad de esos ejemplos da prueba el hecho de que, leídos conforme a las transcripciones que ofrece Zamora, resultan incomprensibles para los mismos mexicanos. Es lo que ha sucedido con *bárzbés* 'varias veces' (p. 231), cuya trans-

que, inclusive en esos casos extremos, exista un elemento vocálico mínimo —sonoro o, más probablemente, sordo— que sólo los aparatos fonéticos modernos puedan registrar. En cuanto el Colegio de México disponga del espectrógrafo con que va a enriquecer su laboratorio, someteré algunos de estos casos al análisis de la máquina. Mientras tanto, me veo obligado a dar crédito a mi oído y a mantener ese cuarto grupo de "pérdida total de vocales", a pesar de la autorizada opinión de Amado Alonso en el sentido de que el oído suele equivocarse en estos casos y tomar por consonantes silábicas "pronunciaciones que no lo son" (*BDH*, I, 435).

<sup>13</sup> Digo "intensiva" porque no me refiero a la simple relajación normal en castellano de toda vocal átona, sino a una debilitación mayor, que sorprende sin duda al oído peninsular o a cualquier otro no habituado a la fonética mexicana. (Cf. la nota 12 del artículo de CANELLADA y ZAMORA).

<sup>14</sup> A veces, vocal mínima *indiferenciada*, de timbre impreciso: [p(e)stola] 'pistola', [ermánes] 'hermanos', [est(e)s personas], etc.

<sup>15</sup> Reconozco que muchas veces resultaba difícilísimo determinar al simple oído —a pesar de que, gracias a las grabaciones, podía escuchar cada caso cuantas veces considerara preciso— si existía todavía un elemento vocálico mínimo o no; y más aún decidir si una vocal relajada debía incluirse en el apartado tercero (elemento vocálico mínimo) o en el segundo (vocales muy debilitadas, pero ya más fácilmente perceptibles); y todavía más pretender hacer esa clasificación con igualdad de criterio en días distintos. . . Sin embargo, aunque doy por supuesto el error en la interpretación y clasificación de algunos casos, creo que ésta puede mantenerse, ya que la proporción de frecuencias no se apartará mucho de la realidad, dado el elevado número de ejemplos analizados.

cripción más aproximada sería [bá<sup>ria</sup>zbés-s]; de *bárskséchs* 'varias cosechas' (p. 235; tal vez [bá<sup>rias</sup> k(o)séch(a)s]); de *enseflits* 'encefalitis' (p. 229; acaso [ens(e)flít(i)s]); de *losornménts:fráils* ('los ornamentos de los frailes', p. 235); de *bífn-trés* ('vivo interés') y *preséts-fíns* ('preceptos divinos', p. 239) y de otros ejemplos que los mexicanos no pueden interpretar. El caso de *gentsksestablésn* ('gentes que se establecen', p. 231) resulta poco menos que impronunciable, por lo que —sirviéndome de la gradación explicada— me atrevería a suponer [xént-s k(e) sestablés<sup>en</sup>]. Lo mismo podría decirse de la transcripción *lsj'ntes* (p. 237; acaso [las xéntes]) y de *parn-t'sco* (p. 239; tal vez [pa/ren/t(é)s/k<sup>o</sup>])<sup>16</sup>.

También he procurado determinar en qué número proporcional de personas se produce el fenómeno, y qué grado de intensidad alcanza en cada una. Basándome en el habla de los 52 informantes cuya voz ha sido grabada<sup>17</sup>, he llegado a los siguientes resultados: En poco más del 15% de los hablantes no se produce prácticamente ni pérdida ni debilitación anormal de vocales; en un 23% el fenómeno aparece sólo ocasionalmente; sigue un tercer grupo (19.2%) en el que la pérdida o reducción se produce todavía con poca intensidad; el 17.3% de los mexicanos relajan ya las vocales con cierta regularidad, según una frecuencia que podríamos situar a medio camino entre la pérdida meramente ocasional y los casos extremos; un 11.5% de ellos rebasan esta situación intermedia, y un 13.4% representa los casos extremos, de pérdida muy frecuente y constante. Son, pues, menos los hablantes en los que el fenómeno es relativamente acusado (42.2%) que aquellos en los que sólo se da ocasionalmente o con poca frecuencia (57.8%)<sup>18</sup>.

<sup>16</sup> Me asaltan ciertas dudas sobre la validez de algunos de los ejemplos que proporciona Zamora Vicente; en especial, el de [mnístr<sup>o</sup>asúnts:teriórs] (por 'ministro de asuntos exteriores': p. 235). No creo que haya podido oírlo espontáneamente en labios de un mexicano, puesto que en México no existe el *Ministerio de Asuntos Exteriores* (denominación peninsular de la dependencia gubernamental) sino la *Secretaría de Relaciones*, y no hay, por consiguiente, *Ministro de Asuntos* sino sólo *Secretario de Relaciones Exteriores*. Podría pensarse que Zamora haya pedido a algún hablante mexicano que leyera esas palabras, pero no creo que, en tal caso, la pronunciación obtenida coincidiese con la transcripción que nos ofrece, ya que la pérdida de vocales suele producirse, naturalmente, en la pronunciación rápida, espontánea, de palabras *normales* en el sistema lingüístico de los hablantes, en especial de palabras de uso constante, cuyo desgaste fonético es muy acusado.

<sup>17</sup> Tal vez este número no sea suficiente para deducir conclusiones enteramente seguras a este respecto, pero permitirá al menos formarse una idea aproximada del alcance que —en dirección horizontal— tiene el fenómeno.

<sup>18</sup> Como cabía esperarse, en el habla de estos últimos se produce la reducción vocálica casi exclusivamente en voces de uso muy frecuente: *antes, pesos, gracias, entonces, nosotros, tardes, precisamente, pues, casas, otros*, morfema verbal *-mos*, sintagmas *que está, que es*, etc.

Otra observación fundamental: el debilitamiento o pérdida de las vocales no depende básicamente de la posición silábica que la vocal guarde con relación al acento principal de la palabra, sino del entorno consonántico que la envuelva<sup>19</sup>. Cualquier vocal átona, sea inicial, final o intertónica, podrá debilitarse o mantenerse de acuerdo con la influencia de las consonantes en contacto. Los autores de anteriores estudios han dispuesto sus materiales de acuerdo con la tradicional distinción entre sílabas tónicas, protónicas, iniciales, etc. Creo que ello enturbia la realidad de los factores determinantes del cambio. Lo que verdaderamente importa es el contacto consonántico. Por no partir de esta base, considero que se equivoca Zamora al afirmar que "siendo postónica, cualquier vocal es susceptible de elisión" (p. 230). No lo creo. Sucederá sólo si las consonantes próximas lo permiten. Entre /g/ y /n/, entre /b/ y /d/ o entre /b/ y /g/, por ejemplo, no he recogido ni un solo caso de pérdida de vocal, y no alcanzo a imaginar que se pronuncien actualmente en México voces como *zángano*, *órgano*, *vértigo*, *plúmbago*, o *ávido* sin la vocal postónica: [sángno], [órgno], [bértgo], [plúmbgo], [ábdo].

El número total de vocales perdidas o anormalmente debilitadas que presentan mis 52 grabaciones magnetofónicas es relativamente pequeño: 2,284. Digo "relativamente" porque, si bien la cifra no es desdeñable, resulta menor de lo que tal vez pudiese hacer pensar el estudio de los Zamora Vicente<sup>20</sup>. Para que podamos hacernos una

<sup>19</sup> El acento tónico sólo parece establecer una diferenciación: la que existe entre las vocales átonas —mucho más propensas a la caída— y las tónicas —mucho más resistentes. Ciertamente el fenómeno de debilitación vocálica llega a afectar a las vocales tónicas, como ya han señalado por primera vez Canellada y Zamora (y éste es uno de los principales hallazgos de su trabajo), pero sin que determine la desaparición plena de la vocal. Al menos en ninguno de los ejemplos por mí reunidos de vocales tónicas debilitadas se llega a su eliminación completa: podrán ser muy reducidas y sordas, pero siempre creo percibir un elemento vocálico en la sílaba, más o menos embebido por las consonantes próximas.

<sup>20</sup> Casos como los de la total desaparición de la /a/ tónica a que se refieren (p. 237); la reducción a dos sílabas de sintagmas que propiamente tienen cinco (*non/s:it* = 'no necesito', p. 239); el hecho de que, si bien "*muchas veces* la vocal se restablece" [como si lo normal fuera la pérdida], "*en multitud de casos* desaparece por completo" (p. 240), hasta el punto de que haya "casos en que la frase se hace prácticamente ininteligible para el peninsular" (p. 241), son afirmaciones que acaso pudieran hacer pensar en una situación más grave de lo que menos de 2,300 casos de debilitación vocálica —correspondientes a un total de unas 30,000 palabras analizadas— permiten suponer. Me inclino a pensar que, cuando se producen situaciones de incomprensión entre mexicanos e hispanohablantes de otras nacionalidades, más se deberá a otras causas que a la reducción de las vocales. No obstante, también DÁMASO ALONSO había achacado a la debilitación de vocales la dificultad de comprensión del habla mexicana, si bien se expresaba con mayor comedimiento: "Esta tendencia es lo que principalmente hace a veces algo difícil para un castellano la comprensión

idea aproximada de la intensidad o frecuencia relativa del fenómeno dentro del discurso, transcribo a continuación dos breves pasajes de mis grabaciones. El primero corresponde al informante núm. 1, muchacho de 18 años, de cultura media, oriundo de Mérida, pero residente en el Distrito Federal desde los seis años de edad; persona en quien con mayor constancia se aprecia la reducción de vocales. El segundo pasaje corresponde a la informante núm. 18, estudiante universitaria de 20 años, del D. F., que habla inglés, francés y algo de portugués. Representa el peldaño intermedio en la escala de reducción vocálica que va desde los casos de debilitación o pérdida meramente esporádica hasta los casos extremos<sup>21</sup>.

*Informante núm. 1:* |yeste m- puse a leer el periódico| (e)stuve leyendo un rato, y lwegó p-s comim<sup>os</sup> en la casa de X. . . a la una y media comim<sup>os</sup>, y en la tarde ¡ah, no!, pero comim<sup>os</sup> en casa de unos tíos míos; bueno, unas tías primas de mis papás, k-stán (=que están) viviendo por allá, por Álamos; y comimos y de allí me fui al teat<sup>(ro)</sup>. Salí del tiatro, y p<sup>(we)s</sup> me fui. . . este. . . me vine acompañando a una muchacha ¿no?, que p-ses mi novia. Digo, de allá, del tiatro ¿no? la llevé a su casa. . . ¡Ah!, nos trajo Juan, por cierto; nos trajo Juan. Y. . . y ya nos fuimos en. . . casa un rato, y luego ella se vino y yo me quedé en la casa. Luego entré, cené, ~ [= me] puse a ver televisión, rúta sesentaiséis, k<sup>(e)so</sup> [= que eso] no me la pierdo. Y este. . . m puse a trabajar y acabé como a la una más o menos e [= de] trabajar. Por cierto que eso me ocasionó que no me levantara hoy para entregar el trabajo k-staba yo haciendo ayer. Entons<sup>es</sup>. . . bueno, los martes, jueves y sábados me baño aquí, en mi casa.

*Informante núm. 18:* Sí, pero hay tantos obstáculos para el Mercado Común ahorita. . . pues. . . por ejemplo el ingreso per cápita está muy bajo en los países. . . casi tod<sup>os</sup> tienen. . . una economía muy retrasada; no podrían llegar a un nivel como el del Mercado Común muy pronto. Además el dominio que tiene estad<sup>os</sup> Unid<sup>os</sup> sobre América Latina es un gran impediment<sup>o</sup>.

De los 2,284 casos de reducción vocálica reunidos, sólo 44 corresponden a vocales tónicas<sup>22</sup>, ninguna de las cuales desaparece por completo (fransés, bichítos). Esto representa algo menos del 2% del total, frente al 98% de casos en posición átona.

La consonante que más favorece el debilitamiento y pérdida de cualquier vocal es, sin duda alguna, la /s/, como ya había advertido

de la conversación rápida entre mejicanos de las clases populares" (*Memoria del II Congreso de Academias de la Lengua*, Madrid, 1956, p. 39, nota).

<sup>21</sup> Para facilitar el trabajo de imprenta, sólo ofrezco transcripción fonética de los sonidos relacionados con el fenómeno que nos ocupa.

<sup>22</sup> No incluyo en este número las palabras acentuadas que, dentro de la frase, se usan como proclíticas o enclíticas, o que llevan sólo un acento secundario: *comer es todo; dar esta carta*.



muy atinadamente Boyd-Bowman<sup>23</sup>. De los 2,284 casos registrados, 2,036 presentan contacto anterior o posterior de la vocal con /s/, lo cual equivale a casi el 90% del total absoluto. La posición de las vocales con relación a la sílaba tónica es —ante tan enorme porcentaje— cosa muy secundaria. Otro hecho que me parece de notable importancia es que la gran mayoría de esos 2,036 casos presenta combinación de *vocal + s*, especialmente trabada; sólo en el 7% escaso de estos ejemplos (140 en total) hay contacto anterior con /s/ ([parés<sup>(e)</sup>k<sup>(e)</sup> no], [universidad]), en tanto que los casos de contacto posterior llegan a 1,372 (= 67.3%): [dient<sup>(e)</sup>s], [ant-s], [unid<sup>o</sup>s], [mejor<sup>e</sup>s], [chic<sup>a</sup>s], [centav<sup>o</sup>s], [p<sup>e</sup>scar], [digam<sup>o</sup>s], [much<sup>o</sup>s], [del ospital], etc. Los 524 casos restantes (=25.8%) presentan la vocal entre dos /s/: [entons-s], [des<sup>(e)</sup>sperado], [nos <sup>(e)</sup>stán], [cos<sup>(a)</sup>s], [sostener].

Es posible que el carácter especial de la /s/ mexicana influya en el oscurecimiento y pérdida de la vocal que está en contacto con ella. Amado Alonso, tratando de explicar la posible pérdida de vocales en el español de Nuevo México, se inclina a pensar que el fenómeno consiste “en la pronunciación breve de las vocales y en una tendencia especialmente fuerte a articular la vocal *simultáneamente* con la consonante prolongable que esté en su contacto”, de tal manera que “la articulación de la continua cubra a la de la vocal tanto por anticipación como por dilación” (*BDH*, I, 438-439). Creo que esto es, básicamente, lo que sucede en México. La /s/ mexicana, de timbre muy agudo y peculiarmente larga en su duración<sup>24</sup>, cubre a la vocal próxima, embebiéndola en sí misma y ensordeciéndola en no pocos casos<sup>25</sup>. De ahí que la combinación particular de dos consonantes entre las que puede ir situada la vocal que más favorece su

<sup>23</sup> Cf. *NRFH*, 6, p. 138: “Nos parece importante observar que la pérdida de estas vocales inacentuadas ocurre *casi exclusivamente* en contacto con *s*, sobre todo entre *s* y otra consonante sorda, o con *s* al final de palabra”. En su tesis doctoral sobre *El habla de Guanajuato* (México, 1960), el párrafo dedicado al estudio de la pérdida de vocales se titula precisamente “Vocal átona en contacto con *s*”. En la mayoría de los ejemplos que ofrece HENRÍQUEZ UREÑA (*BDH*, IV, 336), la pérdida de vocal se produce en contacto con /s/; lo mismo sucede en *todos* los ejemplos que proporcionan Estrella Cortichs (p. 41) y Boyd-Bowman, así como en la mayoría de los que registran Acosta Lozano y Raúl Ávila.

<sup>24</sup> Cf. HENRÍQUEZ UREÑA, *BDH*, IV, p. 126. “Es bien conocida la *s* mejicana... de timbre agudo, singular por su longitud entre todas las del mundo hispánico. Es probable que deba su carácter a la influencia del náhuatl, donde no existía la *s*, pero sí tres sibilantes parecidas, de larga tensión” (*ibid.*, p. 336). No negaré tajantemente esta posible influencia del sustrato, pero tampoco puedo olvidar que ese tipo de *s* aguda y tensa aparece en otras muchas regiones de América, y que la reducción de vocales en contacto con *s* se produce igualmente en otros países (cf. *infra*, pp. 18-19).

<sup>25</sup> Cf. BOYD-BOWMAN, p. 138: “Parece que la *s* mexicana, siempre larga y de timbre agudo (y más todavía en final de palabra), *provoca el ensordecimiento de la ya abreviada vocal y en ciertos casos la asimila por completo*”.

reducción y pérdida sea precisamente *svs*: los 524 casos registrados representan casi el 23% del total absoluto.

Cualquier consonante puede preceder a la combinación de *vocal + s*. He hallado ejemplos de debilitación o pérdida vocálica en contacto anterior con todas y cada una de las consonantes del sistema fonológico mexicano, según puede advertirse en el siguiente cuadro<sup>26</sup>:

<i>vocal + s</i> = 1,896 casos (83%)				
<i>pv</i> s 222 (9.7%)	<i>tv</i> s 314 (13.7%)			<i>kv</i> s 206 (9%)
<i>fv</i> s 20 (0.9%)		<i>sv</i> s 524 (22.9%)	<i>çv</i> s 38 (1.7%)	<i>xv</i> s 20 (0.9%)
<i>bv</i> s 36 (1.6%)	<i>dv</i> s 144 (6.3%)	<i>rv</i> s 30 (1.3%)	<i>yv</i> s 18 (0.8%)	<i>gv</i> s 2 (0.09%)
<i>mv</i> s 92 (4%)		<i>nv</i> s 82 (3.6%)	<i>ñv</i> s 18 (0.8%)	
		<i>lv</i> s 28 (1.2%)		
	<i>v</i> s 21 (0.9%)	<i>(vocal)v</i> s 81 (3.5%)		

Este cuadro nos permite hacer varias observaciones a los resultados obtenidos por Boyd-Bowman. Es cierto que son las consonantes oclusivas sordas /t/, /p/ y /k/ en combinación con /s/ las que más favorecen la relajación de vocales, pero la combinación *svs* las sobrepasa netamente<sup>27</sup>. De las consonantes sonoras, es la dental la que más

<sup>26</sup> Las cifras y los porcentajes de este cuadro se refieren al total absoluto. El único fonema tras el cual no hallo pérdida de vocal es  $\bar{r}$ . Sin embargo, el informante núm. 1 (en quien mayor número de casos de pérdida se aprecia) debilitó en una ocasión toda la sílaba iniciada por  $\bar{r}$  —tras pausa—, aunque se trataba precisamente de sílaba tónica y no había contacto con *s*: [—puse a ver televisión, rúta s(e)sentaiséis].

<sup>27</sup> Boyd-Bowman pensaba que *svs* era combinación "más rara" que las tres anteriores. Ciertamente que en el elevado porcentaje de *svs* influye de manera decisiva el repetido uso de la palabra *entonces* [entóns-s] (233 casos), palabra que

propicia la debilitación vocálica ([usted<sup>es</sup>], [unid<sup>(o)</sup>s], [tod<sup>as</sup>], [disponer]) y aun la pérdida absoluta ([ciudad-s]). Siguen en importancia las nasales, sobre todo /m/ ([problem<sup>as</sup>], [com<sup>es</sup>]), especialmente en el morfema verbal de primera persona plural ([estam-s], [digam<sup>(o)</sup>s], [tenemos], [llevamos]), y la /n/ ([men-s], [region<sup>es</sup>], [tien<sup>es</sup>])<sup>28</sup>.

Boyd-Bowman no había registrado ningún ejemplo de combinación con /y/ o con /r/; aparecen, no obstante (por lo menos en el habla actual), aunque en menor proporción ([ell<sup>(o)</sup>s], [call<sup>es</sup>]); especialmente con /r/: [exterior<sup>es</sup>], [centaur<sup>os</sup>], [culturas<sup>es</sup>]<sup>29</sup>. Además, agrupada con /t/, es relativamente fácil que la /r/ se ensordezca y asibile, relajándose muchísimo, sobre todo en ciertas palabras de uso muy frecuente: [nosot<sup>(r)</sup>s], [nuest<sup>(r)</sup>s], [ot<sup>(r)</sup>s], etc. En una ocasión, el informante núm. 1 pronunció [nuest<sup>(r)</sup>s], casi [nues<sup>(o)</sup>s] (cf. "sayagués" *nueso*, esp. ant. *maese*)<sup>30</sup>. Y en otra, el informante núm. 22 (oficinista de 31 años) asibiló y ensordeció la /r/ agrupada con /t/ ante diptongo tónico: "los dos t<sup>(r)</sup>ios que llegaron". Reducción semejante a la de *trvs* en la combinación *prvs*: [p<sup>(e)</sup>sisamente], [ap-simadamente], [p-sioso]<sup>31</sup>.

Aparte de la /r̄/, la única consonante que no parece favorecer la pérdida es la /g/: en los dos únicos ejemplos registrados (ambos en la palabra *gringos*), la vocal es claramente perceptible, aunque esté ensordecida: [gring<sup>(o)</sup>s]. Si bien el porcentaje de casos con /ê/ no es muy elevado, ello no significa que este fonema no favorezca la reducción vocálica; puede explicarse por la relativamente baja

sufre muy intenso desgaste fonético debido precisamente a la frecuencia de su empleo. Pero no es menos cierto que también el alto porcentaje correspondiente a *pvs* se explica en gran parte por la abundancia de la palabra *pues*, que muchos hablantes utilizan a cada paso. (He reunido 169 casos en que figura dentro de la frase como elemento gramatical); y que en la proporción de *hvs* influyen los muy comunes sintagmas *que se* [k<sup>(e)</sup>se], *que si* [k<sup>(e)</sup>si], *que está* [k-stá], *que es* [k<sup>e</sup>s], etc. También en otro aspecto —el de la cerrazón vocálica— resulta ser la combinación *svs* la que más afecta a la vocal. Observa JOSEPH H. MATLUCK, "La é trabada en la ciudad de México", *ALM*, 3 (1963), p. 31, que el fonema /s/ "parece ser el que con más fuerza influye en la cerrazón de la vocal, sobre todo cuando ésta se encuentra *entre dos /s/*".

<sup>28</sup> La situación mexicana es, pues, muy distinta de la que refleja el estudio de Espinosa sobre el nuevomexicano (*BDH*, I, pp. 208-218) y de la que Amado Alonso advierte en los dialectos románicos: "nasal (sobre todo en inicial), r fricativa, l, y más rara vez s" (*BDH*, I, 436).

<sup>29</sup> Pero no en la elevada proporción que suponía Zamora Vicente, en cuya opinión el contacto más favorecedor de pérdida sería, "inmediatamente" después del de s, el de r (p. 228). Yo no he encontrado ningún caso en que la r origine, por sí sola, pérdida total de vocales.

<sup>30</sup> Son variantes relativamente frecuentes de *nosotros* las realizaciones [nosó<sup>t</sup>], [nosó<sup>(d)</sup>os] y, en algún caso, [nosós].

<sup>31</sup> Ambos fenómenos los consignó acertadamente Boyd-Bowman: "Hay dos ejemplos en los cuales una r agrupada desaparece junto con la vocal: *psioso*, *nosot's*" (p. 139).

frecuencia de aparición del fonema en la lengua española. Pero de que la /ê/ favorece la relajación de vocales —no sólo átonas ([much(a)s], [Sánc(h)e(s)], [muchach(o)s])— da prueba el hecho de que la mayoría de las vocales tónicas debilitadas que he reunido esté en contacto con /ê/ (14 en total, o sea casi el 32% de los casos de vocales tónicas relajadas): [ch<sup>(t)</sup>st-s], [much<sup>(i)</sup>simo], [bich<sup>(t)</sup>t(o)s].

• Otra observación significativa: de los 1,896 casos en que la vocal va seguida por /s/, casi el 71% corresponde a combinaciones con consonante *sorda* anterior, en tanto que a las combinaciones con *sonora* sólo corresponde el 23%. Difícilmente podría un quimógrafo registrar las vocales mínimas ensordccidas por las consonantes sordas que las envuelven; sólo con la ayuda de un espectrógrafo podrá determinarse la presencia o ausencia total de elemento vocálico sordo.

No advierto en mis grabaciones la frecuente sonorización de /s/ a que se refieren Canellada y Zamora (p. 232 y n. 20). Advierto, sí, que en los casos de pérdida vocálica la /s/ es todavía más tensa y aguda que de ordinario<sup>32</sup>, pero generalmente sorda. Es posible que esta particularidad cambie mucho de individuo a individuo. Lo que yo he encontrado en no pocos casos es precisamente el fenómeno contrario, o sea, el ensordecimiento de fonemas consonánticos sonoros próximos a /s/, especialmente ante pausa: [nosot<sup>(r)</sup>o(s)], [bai(l)-s], [ca(y)<sup>(e)</sup>s], [a(ñ)<sup>(o)</sup>s], etc.<sup>33</sup> El ensordecimiento de las vocales debilitadas es constante, sobre todo entre consonantes sordas. Entre *svs*: [clas<sup>(e)</sup>s], [pes<sup>(o)</sup>s], [cos<sup>(a)</sup>s]. Entre *êvs*: [muchach<sup>(o)</sup>s], [much<sup>(a)</sup>s]. Entre *tvs*: [dient<sup>(e)</sup>s], [minut<sup>(o)</sup>s], [est<sup>(a)</sup>s], [Pot<sup>(o)</sup>sí]. Entre *hvs*: [po<sup>r</sup>k<sup>(e)</sup>són] 'porque son', [foc<sup>(o)</sup>s], [inc<sup>(a)</sup>s]. Entre *fv*s: [prof<sup>(e)</sup>sor], [of<sup>(i)</sup>sina]. Entre *pv*s: [p<sup>(e)</sup>s] 'pues', [p<sup>(i)</sup>stola], [emp<sup>(e)</sup>sé] 'empecé'. Entre *xvs*: [hij<sup>(e)</sup>s(e)], [hij<sup>(o)</sup>s]. Cuando precede consonante sonora, el ensordecimiento de vocal es mucho menos frecuente, pero se advierte sobre todo entre *dv*s ([ciudad<sup>(e)</sup>s], [dormid<sup>(o)</sup>s]) y entre *mv*s (en el morfema verbal *-mos*: [digam<sup>(o)</sup>s], [recibim<sup>(o)</sup>s]). Alguna vez, esporádicamente, entre *rv*s: ([prof<sup>(e)</sup>sor<sup>(e)</sup>s]), *ñvs* ([añ<sup>(o)</sup>s]), *γvs* ([ell<sup>(o)</sup>s]), *gvs* ([gring<sup>(o)</sup>s]), etc.<sup>34</sup>

<sup>32</sup> Tal vez sería más exacto decir que son precisamente las personas que pronuncian una *s* de timbre más agudo y de mayor duración que la ordinaria, las que con mayor facilidad debilitan o eliminan las vocales.

<sup>33</sup> Es lo mismo que había observado Boyd-Bowman (p. 139): *grant's*, *vif's* ('vivos'; quizá mejor [bi(b)-s]), *Venat's* ('Venados'). También lo ha advertido, en el habla de Tamazunchale, Raúl Ávila. Hay casos extremos de ensordecimiento que afecta a varias sílabas contiguas: [p- k(r)<sup>(i)</sup>tík<sup>aeso</sup>] 'pues critica eso', [k<sup>(e)</sup>s(él)k<sup>(e)</sup>] 'que es el que'.

<sup>34</sup> De ensordecimiento de vocales he registrado un total absoluto de 722 casos, lo cual supone el 31.6% de la totalidad de los ejemplos reunidos. De esos 722 casos, algo más del 79% presenta contacto —generalmente posterior— con /s/. Las condiciones particulares que más favorecen el ensordecimiento son: *svs* (158 casos), *hvs* (125 ejemplos) y *tvs* (122 casos). A gran distancia, *pv*s

Por otro lado, conviene señalar que la debilitación extrema o la pérdida de vocales se da casi exclusivamente en presencia de alguna consonante sorda. Observo que la reducción se produce —en casi el 69% de los casos— entre dos consonantes sordas; en el 29%, entre sonora y sorda; pero sólo en poco más del 2%, entre dos sonoras o entre sonora y pausa.

Volviendo a la combinación particular *svs*, falta comentar una cuestión de gran importancia, que se relaciona estrechamente con el *grado de debilitación* de las vocales a que ya me he referido. Según Zamora Vicente, “el nexa final *s* + vocal átona (o diptongo) + *s*, sea o no forma de plural, queda convertido casi siempre en una sola *s* larga”, de tal modo que “a menudo se confunden singular y plural” (p. 234). Y ofrece ejemplos como éstos: [serbís:] ‘servicios’, [cõsecuéns:] ‘consecuencias’, [balás:] ‘balazo’ y ‘balazos’, [dios:] ‘Dios’, ‘dioses’ y ‘diócesis’. Creo que en estas afirmaciones hay un error de interpretación: ni la combinación *svs* se resuelve en una sola *s* larga, ni hay confusión de singular y plural. En el caso *svs* hay casi siempre<sup>35</sup> una transición silábica claramente perceptible, una interrupción breve pero evidente; su articulación no coincide con la de una *s* larga, sino que se acerca más a la de las consonantes geminadas. Transcribir esa combinación mediante *s*: no creo que corresponda a la realidad; por ello, trato de representar gráficamente esa particular articulación empleando el mismo recurso que usó Amado Alonso para los casos similares del navarro (*zz-pone*: BDH, I, 433) y ya Henríquez Ureña para el habla mexicana (*pas-sté*; *ques-sede*: BDH, IV, 336). Así, son cosas muy distintas *Dios* [dios], *dioses* [dios-s] y *diócesis* [diós(e)s-s] o [diós-s(i)s]. Que el resultado de *svs* no es una sola *s* larga ya lo había advertido muy claramente Boyd-Bowman: “Cuando hay encuentro de dos *s*, una es siempre silábica. En *es's*, *gras's*, *entons's* no tenemos una *s* larga y uniforme (\**entons*:), sino *dos*: la división silábica entre ellas va marcada por un ligero y brevísimo relajamiento de la sibilación, *sin que ésta deje de ser continua y sorda*. Con una *s* fuerte y continua (\**es*:, \**gras*:), las palabras quedarían extrañamente alteradas” (n. 5). He pronunciado, en efecto, algunas de las transcripciones de Zamora ante hablantes

(30 casos) y otras combinaciones. Para los casos de ensordecimiento de vocal que no esté en contacto con /s/ —el 20% restante—, cf. *infra*, p. 16.

<sup>35</sup> Con excepción de la palabra *entonces*; esta voz, muy empleada como muletilla inconsciente, ha sufrido un desgaste mayor y, a veces, llega a pronunciarse con una sola /s/ final, que puede ser muy breve y débil: [entons(e)s], [entons(e)s], [entons's], [entons:], [entons], [entón], [tóns] e, inclusive, [~tón]. En las demás palabras, únicamente por excepción he hallado algún caso de reducción silábica, y sólo en voces de mucho uso: [ne-sitába] por ‘necesitaba’, y [pre-samente] por ‘precisamente’ (o sea, siempre entre *svs*, y en casos de sucesión de sílabas átonas).

mexicanos (como *gras*:, *balás*:, *libanés*:) y, o no las entendían en absoluto, o las interpretaban siempre como singulares. Para que pudieran juzgarlas como formas del plural, tenía que marcar la transición silábica normal: *libanés-s*. Y es que en casos de pérdida vocálica total, la /s/ parece ser una verdadera consonante silábica, de tal manera que la *división por sílabas* no corresponde tampoco a la que ofrece Zamora Vicente. Según él, “cuando la vocal desaparece detrás de s, ésta se agrega a la sílaba anterior si acaba en vocal: [nós justifican] ‘no se justifican’, [nós concluyó] ‘no se concluyó’, etc.” (p. 232), y así ofrece divisiones silábicas como *nós/ke* (‘no sé qué’), *pres/pést* (‘presupuesto’: 12 sílabas!), *pres:/ment* (‘precisamente’: también dos sílabas; p. 239), *cos*: (‘cosas’: una sílaba), *gr’s*: (‘gracias’: p. 237), *benefís*: (‘beneficios’: p. 235), todo lo cual resulta discutible. En primer lugar, creo que la s “silábica” no se agrega a la sílaba anterior, sino que sigue siendo distensiva, de tal manera que la diferencia que existe en México entre *nos justifican* y *no se justifican* reside no sólo en el carácter tónico de la /o/ del segundo sintagma, sino también en el distinto silabeo de las dos frases: [nos/jus/ti/fi/can] ‘nos justifican’ frente a [nó/s-/jus/ti/fi/can] ‘no se justifican’. De ahí que, en segundo lugar, no crea que sea enteramente acertado transcribir la palabra *presupuesto* en dos sílabas, sino en cuatro: [pre/s-/pés/t(o)]<sup>36</sup>; ni *no sé qué* por *nós/ke*, sino por [nó/s-/ké]. El sistema de transcripción seguido por Zamora es quizá una de las causas de que su estudio pueda producir una impresión algo deformada —por exceso— de la realidad.

Ya he indicado (p. 9) que de los 2,036 casos de debilitación o pérdida vocálica en contacto con /s/, sólo en 140 hay contacto anterior<sup>37</sup>. Las combinaciones particulares en que aparecen están señaladas en el cuadro de la página siguiente<sup>38</sup>.

Sólo un par de observaciones importantes se desprenden de ese cuadro: en primer lugar, la que se refiere al alto porcentaje de las combinaciones de /s/ con nasal (más del 27%); y segundo lugar, el hecho de que el carácter sordo o sonoro de la consonante siguiente parezca influir mucho menos en la debilitación vocálica que en las combinaciones de consonante + vocal + s<sup>39</sup>. Esto, tal vez,

<sup>36</sup> Detrás de /t/ y ante pausa, la vocal suele —como más adelante veremos— relajarse y ensordecerse, pero no llega a desaparecer: inútilment(é)/.

<sup>37</sup> Esto, dejando aparte los 524 casos de combinación *svs*, que representan el 25.8% del total relativo.

<sup>38</sup> Esos 140 casos representan sólo el 6.1% del total absoluto, y un poco menos del 7% del total relativo a los ejemplos en contacto —anterior o posterior— con /s/. Los porcentajes indicados en el cuadro se refieren al promedio relativo de cada combinación sobre ese total de 140 ejemplos.

<sup>39</sup> De *svt* 11 casos y de *svd* 12, mientras que de *tvs* registré 314 y de *dvs* sólo 144.

$s + \text{vocal} = 140 \text{ casos (6.1\%)}$				
$s^vp$ 14 (10%)	$s^vt$ 11 (7.7%)			$s^vk$ 17 (12.1%)
$s^vf$ 5 (3.6%)		$s^vs$ (cf. cuadro 1)	$s^v\hat{c}$ 1 (0.7%)	$s^vx$
$s^vb$ 4 (2.9%)	$s^vd$ 12 (8.6%)	$s^vr$ 4 (2.9%)	$s^vy$ 7 (5%)	$s^vg$ 2 (1.4%)
$s^vm$ 18 (12.8%)		$s^vn$ 20 (14.3%)	$s^v\tilde{n}$ 2 (1.4%)	
		$s^vl$ 9 (6.4%)		
	$s^v'$ 8 (5.7%)	$s^v(\text{vocal})$ 6 (4.3%)		

porque la /s/ se apoya —embebiéndola y a veces ensordecíendola— en la vocal siguiente, con la que forma sílaba, sin que guarde relación muy estrecha con la consonante que sigue (compárese *an/t-s* con *trán/s(i)/to*). Quizá por esta misma razón, en casi todas las combinaciones de  $s + \text{vocal}$  el elemento vocálico es más fuerte que en los ejemplos de  $\text{vocal} + s$ , y los casos de pérdida completa de la vocal ([s fuera] 'se fuera') son muy poco frecuentes: no llegan al 5%.

Los casos de debilitación o pérdida de vocales que no están en contacto con /s/ ascienden en total a 248, lo cual representa únicamente el 10.9% escaso de los ejemplos reunidos en mis grabaciones.

La distribución relativa de estos casos puede apreciarse fácilmente en el cuadro de la página siguiente<sup>40</sup>.

Se advierte de inmediato que la debilitación —y ahora rarísima vez pérdida absoluta— de las vocales se limita prácticamente a cuatro casos: en contacto anterior con /t/, con /k/ y con /ĉ/, y en contacto anterior o también posterior con nasal. Ejemplos: [part(e)],

<sup>40</sup> También aquí los porcentajes indicados bajo cada fonema se refieren a la proporción relativa de cada uno dentro del total de 248. Claro que, frente al total absoluto de ejemplos reunidos (2,284), estas cifras resultan insignificantes. Así, las combinaciones de vocal con /t/ —que en este cuadro son las más numerosas— apenas si representan el 3.4% del total absoluto (frente al casi 90% de casos determinados por /s/).

248 casos				
p <sup>v</sup> 10 (4%)	t <sup>v</sup> 77 (31%)			k <sup>v</sup> 61 (24.6%)
			ç <sup>v</sup> 28 (11.3%)	x <sup>v</sup> 6 (2.4%)
b <sup>v</sup> 2 (0.8%)	d <sup>v</sup> 6 (2.4%)	r <sup>v</sup> 4 (1.6%)		
m <sup>v</sup> 28 (11.3%)		n <sup>v</sup> 24 (9.7%)		l <sup>v</sup> 2 (0.8%)

[plát<sup>(i)</sup>k<sup>(e)</sup>s], [k<sup>(e)</sup>tengan], [ark<sup>(i)</sup>tecto], [lo k<sup>(e)</sup>pasa], [anoch<sup>(e)</sup>], [much<sup>(o)</sup>trabajo], [tiē k<sup>(e)</sup>], [˘puse] 'me puse', [ntons-s] 'entonces', [kom-ba] 'como va', [mprimer], etc.<sup>41</sup>

Los casos de ensordecimiento de vocales originado por consonante sorda distinta de /s/ son relativamente numerosos: 150 en total<sup>42</sup>. De ellos, el 42.6% corresponde a vocal precedida por /t/; casi el 32%, a vocal precedida por /k/; y el 12% a vocal tras /ç/. De tal manera que sólo a estos tres fonemas /t, k, ç/ corresponde el 86% del total de los casos de ensordecimiento sin /s/.

Hasta ahora he indicado cuáles son los entornos consonánticos que más favorecen la pérdida, debilitación y ensordecimiento de vocales, pero no he precisado en qué proporción se produce la pérdida absoluta y en qué medida quedan rastros de elemento vocálico<sup>43</sup>. Creo que es sumamente importante tratar esta cuestión.

De los 2,284 ejemplos reunidos en total, sólo creo encontrar pérdida completa de vocales en 400, lo cual representa únicamente el 17.5%. Pero si tenemos en cuenta que 119 de esos cuatrocientos casos son ejemplos de [p-s] 'pues', y 63 lo son de [-ntóns-] 'entonces'

<sup>41</sup> Seis de los casos de vocal en contacto con nasal y cuatro de los de contacto con /t/ son ejemplos de debilitación de vocal tónica: [˘tónme] 'entonces me', [k(r)<sup>(i)</sup>t(i)ka] 'critica', [(mú)chas], [múcho]. También en Castilla la vocal inicial absoluta seguida de *n* labiodental es muy reducida y —como observa Navarro Tomás, § 89— es la nasal "la que suele predominar, absorbiendo en gran parte a dicha vocal anterior". Como en México [emfermo], [emfriar], etc.

<sup>42</sup> Lo cual representa —en relación con el total absoluto de 722 casos de ensordecimiento— algo más del 20% (cf. nota 34).

<sup>43</sup> Si he señalado ya (cf. nota 34) la proporción de casos de ensordecimiento vocálico en cada situación.



—palabras de articulación muy especial por lo continuo de su uso— quedarían sólo 218 casos de pérdida vocálica en voces normales, lo cual representa únicamente el 9.5% del total de ejemplos.

También dentro de estos 400 casos, las condiciones favorecedoras de la pérdida coinciden casi exactamente con las condiciones generales expuestas en las páginas anteriores: en la inmensa mayoría de los casos, la pérdida se produce en contacto con /s/<sup>44</sup>.

El grado máximo de debilitación —pero sin llegar a la pérdida total: [ant<sup>(e)</sup>s], [salim<sup>o</sup>s], etc.— se da en 868 ejemplos, lo cual representa el 38% del total absoluto<sup>45</sup>. En el 44.5% restante, el elemento vocálico es ya claramente perceptible, aunque pueda estar más o menos ensordecido.

Por lo que respecta a la predisposición de cada una de las vocales para la pérdida, debo observar que la que con mayor frecuencia se relaja es la /e/ (980 casos = 42%), vocal que —paralelamente— es la que con mayor facilidad desaparece por completo. Le siguen la /o/ (548 casos = 24%) y, relativamente, la /i/ (127 ejemplos = 5.6%). La /a/ parece ser mucho más resistente, pues si bien el número total de casos en que aparece reducida es algo superior al de la /i/ (160 = 7%), hay que tener en cuenta que el fonema /a/ se usa con mucha mayor frecuencia que el /i/ en el habla española (su porcentaje de aparición es del orden del 13%, según los cálculos de Tomás Navarro —con lo cual resulta ser la vocal más empleada en nuestra lengua—, en tanto que el de /i/ sólo llega a 4.7%). Además, la pérdida completa de la /a/ es muy poco frecuente; por lo general se mantiene como vocal reducida<sup>46</sup>.

No es raro que la reducción o pérdida pueda afectar a parte

<sup>44</sup> Vocal seguida de /s/: 354 ejemplos; vocal precedida de /s/: 8. Total: 362 (o sea, el 90.5% de todos los casos de pérdida plena). Total de casos en que no aparece /s/: 38 (9.5%).

<sup>45</sup> Insisto en que estos porcentajes son sólo aproximados, ya que no podría abrigar la pretensión de haber sabido interpretar y clasificar exactamente —al simple oído— todos los ejemplos reunidos. También en este caso de “conservación de un elemento vocálico mínimo”, las condiciones consonánticas son en esencia —como cabría esperarse— las mismas: en contacto con /s/: 795 casos (91.6%); sin presencia de /s/: 73 ejemplos (8.4%). Solamente en el caso de las vocales tónicas cambian estas proporciones, en favor de las combinaciones en que no aparece /s/: De los 44 casos reunidos, en 30 hay contacto con /s/ (68.1%) y en 14 no (31.8%). Claro que de estos 14 últimos casos, 9 presentan combinación con /ç/, fonema cuyos efectos son muy parecidos a los originados por /s/.

<sup>46</sup> Cosa que ya había advertido Boyd-Bowman: “En los casos pertinentes que pudimos observar, la *a* se relajó mucho... pero rara vez desapareció por completo: se oía aún un ligero elemento vocálico” (p. 139). Exceptuando la fórmula frecuente *gras's* ('gracias'), declara no haber advertido pérdida completa de /a/ más que en un caso: *est's milp's* (p. 140). Yo he hallado también [kós-s], [és-s], [múç-s] y algún que otro ejemplo.

de un diptongo o a todo él —inclusive siendo tónico: [t(rió)s]<sup>47</sup>— o a un hiato, especialmente si está formado por una misma vocal repetida. De lo primero he reunido 247 ejemplos (= 10.8% del total absoluto) y de hiatos —en fonética sintáctica— 182 casos (7.9%). Sin embargo, hay que advertir que de esa alta proporción de diptongos debilitados gran parte corresponde a la “muletilla” *pues*, articulada [p's] o [p'es] o [p'os] o [p'wes]. He aquí algunos ejemplos<sup>48</sup>: [gras's] o [gras(a)s] ‘gracias’, [ejersis(ió)s], [estud(o)s], [s<sup>u</sup>sposo] ‘su esposo’, [k-stá] ‘que está’, [és-s] ‘ése es’, [n<sup>o</sup>stá] ‘no está’, [aik'empesar] ‘hay que empezar’, y, con acento, [k'éso] ‘que eso’.

Una última observación: todos los fenómenos anotados parecen ser más frecuentes o acusados ante pausa, especialmente final. Así, un mismo informante dijo —con separación de pocos segundos— “... acabar la *tesis*/’”, pero “... la *tesis* de maestría”. Y otro, también con un breve intervalo, “... y los *president(e)s*/’”, frente a “... algunos *presidentes* de México”. En especial el ensordecimiento y debilitación de vocal precedida por /t/ (sin contacto posterior con /s/), se produce casi exclusivamente ante pausa: “... muy bien *física-ment(e)*/’”. Lo mismo ha observado Raúl Ávila en la tesis en preparación antes mencionada (cf. nota 1).

Hasta ahora, el fenómeno de reducción extrema de vocales se ha estudiado como una característica del habla de la altiplanicie mexicana. Pero es evidente que se produce en un área mucho más extensa. Aunque no haya sido investigado detenidamente fuera de México, el fenómeno puede rastrearse en varias investigaciones sobre el español de Hispanoamérica. Ya Henríquez Ureña, al hablar de las vocales caedizas del mexicano (*BDH*, IV, 336), advertía que algo muy semejante sucedía “en las sierras del Perú<sup>49</sup> y Bolivia: Potosí = *Potsi*”. Respecto de Bolivia, también Canfield, al transcribir fonéticamente el habla de un informante boliviano<sup>50</sup>, registra pronunciaciones como [ráms] ‘ramas’ y [orárjos] ‘horario es’, y —refiriéndose al español de El Salvador afirma que “la palabra *precisamente* puede oírse [priθamente]” (cf. § 33), o sea, casi como en México; lo mismo en [θeθaróɲ] o [se esaróɲ] ‘se desarrollan’ (§ 77). El propio Canfield documenta el frecuente “ensordecimiento de vocal final

<sup>47</sup> Cf. p. 11. Esta circunstancia ya la habían advertido muy atinadamente Canellada y Zamora: “También los diptongos tónicos sufren a veces una reducción (total o parcial) de sus elementos: [imp<sup>u</sup>éstos], etc.” (p. 237).

<sup>48</sup> Tal vez no sea enteramente superfluo observar que también en la reducción de diptongos o de hiatos desempeña papel decisivo la presencia de una /s/, sobre todo si es trabante.

<sup>49</sup> En Cuzco he registrado algunos casos extremos semejantes a los mexicanos: [ya n<sup>o</sup>ent(re)s'p-s] ‘ya no entres, pues’.

<sup>50</sup> Cf. D. L. CANFIELD, “Observaciones sobre el español salvadoreño”, *Fil*, 6 (1960), pp. 29-76, especialmente p. 62.

tras sorda" (§ 40), especialmente entre mujeres, y tras /ê/ (*noche*) o /s/ (*casa*), si bien advierte que "no es tan marcada esta tendencia como en México ni en el Perú".

Aunque Humberto Toscano apenas hace alusión a este fenómeno en su estudio sobre el español del Ecuador<sup>51</sup> y en una *Gramática castellana* de reciente publicación —en la que consigna pronunciaciões como [plúms] 'plumas' y [mercéds] 'Mercedes' (cf. *BICC*, 17, 1962, p. 705)—, es indudable que el fenómeno tiene gran fuerza, al menos en la sierra ecuatoriana. Personalmente he reunido los siguientes ejemplos oyendo hablar durante unos pocos minutos a un profesor ecuatoriano: [clas<sup>es</sup>, sín<sup>te</sup>sis, entons-s, entons<sup>es</sup>, los<sup>e</sup>studian<sup>tes</sup>, alt<sup>os</sup>, diferent<sup>(e)s</sup>, cuatro cient<sup>os</sup> ochenta, suficien<sup>e</sup> tiempo, universid<sup>ad</sup><sup>es</sup>, lo<sup>e</sup>stados unid<sup>os</sup>, métod<sup>os</sup>, tenem<sup>os</sup>, algun-s, extranjer<sup>as</sup>, social<sup>es</sup>, (<sup>e</sup>)ste, prof<sup>e</sup>esor, prof<sup>(e)</sup>sores, universid<sup>ad</sup>, cínco]. Es decir, todos casos de debilitación o pérdida de vocal —inclusive tónica— prácticamente siempre en contacto con /s/. Por lo que se refiere a Colombia, Luis Flórez ha llamado la atención sobre el fenómeno en varias ocasiones, con ejemplos muy semejantes a los que pueden encontrarse en México (*presisamente, s-senta, Sntander, muchismas*), y en especial tratándose de /i/ —átona o tónica— precedida por /s/ o /ê/: *vis<sup>t</sup>a, diesisiete, s-señora, chstó*, etc.<sup>52</sup> Mi colega y amigo José Pedro Rona me comunica que algo muy semejante ocurre en la provincia argentina de Santiago del Estero.

Tenemos, pues, registrado el fenómeno en El Salvador, Perú, Bolivia, Ecuador, la Argentina y Colombia. Nada de extraño tendría que se hallase en otras zonas hispanoamericanas. Sería preciso disponer de otros tantos estudios monográficos para saber en qué grado de desarrollo se encuentra y en qué condiciones se produce. Por las muestras, puede pensarse que estas últimas son muy semejantes a las de México.

JUAN M. LOPE BLANCH

Universidad Nacional de México.

<sup>51</sup> Cf. H. TOSCANO MATEUS, *El español en el Ecuador*, Madrid, 1953 (anejo 61 de la *RFE*); v. p. 50: "Quito, a más de 2,800 metros sobre el nivel del mar, y la Sierra ecuatoriana en general, presentan idéntico carácter. El ejemplo [mexicano] de Henríquez Ureña [*blocs pr'apúnts*] podría fácilmente recogerse en Quito, Riobamba, Tulcán o Cuenca; el caso más típico de la deficiente pronunciación serrana de las vocales es la socorridísima conjunción *pues*, que en Quito se pronuncia generalmente *p's*, según anotó Rosenblat (*BDH*, II, n. 102)".

<sup>52</sup> Cf. su libro *Lengua española*, Bogotá, 1953, p. 175; y, sobre todo, *La pronunciación del español en Bogotá*, Bogotá, 1951, § 3.